

Excursión a “la Torca de los Melojos”

Por **Carlos Garrido Y Almudena González**
Alumnos De 1º Bachillerato (les Beneche)

La mañana era fresca, idónea para caminar bajo el amparo de las nubes. Así fue como comenzamos la ruta a “La Torca de los Melojos”, con la mirada fija en el cielo amenazante de lluvia. Pero en un santiamén, nuestra preocupación por la lluvia pasó a un segundo plano en cuanto nos dijeron el trayecto que nos esperaba. Sólo pensarlo me dolían los pies. A mucho pesar de nuestra profesora de Educación Física, el deporte no es lo nuestro, bueno sí lo es si tienen en cuenta las noches en los “pubs”, pero no se alarmen, sólo bebemos agua y bailamos muy separados unos de otros, sin arrimarnos.

Pues bien, maldiciendo esas noches de demasiada agua con gas nos encaminamos por el carril hacia nuestro destino. Prosiguiendo por el ancho carril, hallábamos huellas de coches y de personas, algo que les parecerá irrelevante, pero es que al levantar la cabeza y otear el horizonte sólo veías naturaleza, como si las grandes ciudades no existieran. Incluso a ambos lados de nuestro querido carril sólo había vida, nada de basura.

Tras dos semanas de camino, o eso me pareció a mí y a mis doloridos pies, encontramos una fuente situada en una explanada en miniatura, parecía haber sido creada como una zona de descanso antes de seguir hacia la cima. El agua estaba tan fresca que con sólo un par de tragos conseguías fuerzas para proseguir el camino. Y así continuamos, cual campamento para gordos, con la panza rebosante de agua y el corazón lleno de ilusión. Por el camino pudimos ver árboles enormes, como “secuoyas Segureñas”, que no eran sino pinos blancos, los cuales medían no menos de una veintena de metros, imponiendo un respeto sin igual. Y así embobados con la naturaleza, llegamos casi sin querer a otra fuente cristalina, cuyo chorro eran tan fuerte que no había otra forma de beber que no fuese empapándote toda la cara.

Desde allí partieron nuestros profesores como hábiles exploradores, tanteando el terreno para encontrar el camino de subida. Regresaron a los pocos minutos y comenzó nuestra abrupta subida hacia el paraíso. Teníamos que marchar en “fila india” por estrechos senderos sin hacer mucho ruido y por supuesto, con mucho cuidado de no caerse.



Las lluvias de los últimos días habían humedecido la tierra, creando barrizales extremadamente escurridizos, lo que provocó más de un susto en algunos torpes, entre los que me incluyo orgullosamente. Seguimos subiendo a buen ritmo por el camino serpenteante, hasta que nos percatamos de que la naturaleza nos cubría por doquier, nos resguardaba y nos ofrecía un dulce momento de reflexión. Parecía que ningún humano había estado allí, la tecnología no existía en esos lares. Fue entonces cuando la sensación de pararse y simplemente disfrutar de tal despliegue vegetal inundó nuestros corazones, rompiendo el reloj y callando todas nuestras voces y nuestros pesares por un instante. Proseguimos nuestro viaje hacia el Monte del Destino, superando toda clase de piedras y cuestas, hasta que, como quien se despierta de un largo trance, llegamos a la cima, que no era sino un sueño aún más dulce.

De repente, nos encontrábamos ante una amplia hondonada, rodeada por un robledal con la hoja ya caída, mostrando una alfombra marrón anaranjada digna de dioses. Nos adentramos unos metros más en la hondonada, revelándose una extensa llanura verde, al amparo de cientos de robles, un paisaje indescriptible con palabras, paraíso sin igual.

A duras penas contuvimos el deseo de comer como locos a lo lardo y ancho de la explanada, conformándonos con sentarnos a comer nuestros bocadillos, los cuales sabían a gloria tras la caminata. No tardamos demasiado en emprender la bajada, la cual se nos antojó demasiado breve, y durante la cual más de un listillo echó mano de un “guis-cano”.

Tras el melojar, parecía que nada podía impresionarnos más, pero allí estaba, imponentes, quebrando la montaña, los chorros del Río Mundo. Una maravilla de la naturaleza, que por desgracia no tuvimos el honor de ver en su apogeo. No me atrevo a describir tal majestuosidad, sólo puedo decir que ya sé cómo era exactamente el jardín del Edén ■